

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



## ¿Cambio imposible?

La elección presidencial representa el momento más crítico de la renovación y permanencia del sistema presidencialista mexicano. En ningún momento de la vida nacional se enfrentan tantos intereses y los grupos políticos se juegan en buena medida su futuro. Por ello, no es de extrañar que la norma sea el enfrentamiento violento que ha implicado hasta el magnicidio. Ese sólo dato nos indica que los mecanismos sucesorios del presidencialismo se han agotado. La mayoría de los estudiosos, analistas y políticos lo saben; el problema es que los cambios en ese terreno se han dado por goteo, con una lentitud exasperante.

La reciente muerte del líder de la CTM, Leonardo Rodríguez Alcaine, confirma lo anterior. El rito funerario fue el mismo que se ha reproducido a lo largo de la vida sexenal. Por el féretro desfilaron funcionarios, representantes populares e impopulares, ministros laicos del culto católico convertidos en secretarios de Gobernación, hasta el mismo presidente de la República. Fue un acto al más puro estilo del viejo corporativismo, que con la muerte del líder sucesor de Fidel Velázquez Sánchez parecería querer mandar el mensaje de que está más vivo que nunca.

¿Y el cambio? Insisto, la transición política mexicana es la prueba palpable de que nos tomamos las cosas con mucha calma. Mientras a los españoles les implicó tres años pasar del autori-

tarismo a la democracia, es decir desde la muerte de Francisco Franco a la redacción de una nueva constitución en 1978, sólo se dilataron un trienio; en México empezamos en 1968 y todavía no vemos cuando habrá un nuevo diseño institucional que nos permita concluir con la consolidación democrática. Ahora que si suscribimos la tesis de nuestro gran amigo César Cansino, diríamos que no estamos en vías de la consolidación democrática pues nunca la instauramos.

A pesar de lo tardados que somos, nunca nos hemos dado tiempo para discutir los temas sustanciales inherentes a toda transición democrática. ¿Hacia dónde se supone queremos transitar? ¿Qué régimen político deseamos construir? ¿Cuál es la mejor opción entre el presidencialismo y el parlamentarismo? De eso trata una verdadera transformación política. Como buenos fatalistas, al parecer nos resignamos a la idea de que la única opción es el presidencialismo. Y a éste sólo se le acotó por la vía de los hechos, es decir, se fue dando el acotamiento porque el partido del nuevo presidente perdió la mayoría en el Congreso; porque triunfó un candidato como Vicente Fox más preocupado por no gobernar e irse al rancho que por mantener una idea clara acerca de la necesidad del equilibrio de poderes.

El fatalismo nos impide incluso pensar en construir antídotos contra los malos gobernantes. Desde 1934, cuando Lázaro Cárdenas trans-

formó los cuatrienios en sexenios y los apuntaló con el sistema corporativo, aceptamos que había que padecer a presidentes autoritarios, excéntricos, grises, rancheros, conservadores, y todo tipo de especímenes. No construimos ningún tipo de mecanismo de limitación o de revocación del mandato. El presidente y su corte, se convirtieron en dueños del país. La visión patrimonialista del poder se impuso y se reprodujo a lo largo de la geografía nacional. Las empresas paraestatales se convirtieron en generadoras de fortunas personales. Ellos lo merecían todo, el sacrificio por la patria tendría que ser remunerado. ¿Eso ya cambió? Lo dudo; hasta el más gris funcionario piensa que merece la retribución patriótica. ¿Por qué no volver a periodos gubernamentales de cuatro años? ¿Por qué no discutir la posibilidad de la reelección por otros dos o cuatro años si los ciudadanos le otorgan un voto de confianza para continuar o si deciden que mejor se vaya a su rancho? ¿Por qué no separar las funciones de jefe de Estado y jefe de gobierno? Ocho años de buen gobierno pudieran ser benéficos para la sociedad. Más de ocho conducen al autoritarismo. Cuatro o menos -a través de la revocación del mandato-, son más llevaderos que un largo y desafortunado sexenio. Claro, se me dirá que no hay tiempo para discutir esos temas. Lo urgente es la designación de candidatos y sus campañas. Los cambios de fondo del sistema político tendrán que seguir esperando para mejores tiempos. Lo que ahora interesa son los pequeños cambios para que todo siga igual.